

SERIE BARBARIANS

**ICE
PLANET
BARBARIANS**
RUBY DIXON

Título original: *Ice Planet Barbarians*

© 2015, 2021, Ruby Dixon

Publicado de acuerdo con el autor, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC.,
Armonk, Nueva York, EE. UU.

“Ice Planet Honeymoon: Vektal y Georgie” © 2019, Rubí Dixon

Extracto de *Barbarian Alien* © 2015, Ruby Dixon

Traducción: Graciela Romero Saldaña

Diseño de portada: Rita Frangle

Ilustración de portada: Kelly Wagner

Diseño de interiores: Guadalupe González

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: abril de 2023

ISBN Obra completa: 978-607-07-9969-3

ISBN Volumen I: 978-607-07-9970-9

Primera edición impresa en México: abril de 2023

ISBN Obra completa: 978-607-07-9967-9

ISBN Volumen I: 978-607-07-9968-6

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas -vivas o muertas- es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

PARTE
U N O

GEORGIE

Hasta ayer, yo, Georgie Carruthers, no creía en los aliens. Claro que hay muchísimas posibilidades en el universo, pero si alguien me hubiera dicho que unos hombrecitos verdes andan por la Tierra en sus platillos voladores, esperando la oportunidad de abducir a alguien, le habría respondido que estaba loco.

Pero eso era ayer.

¿Hoy? Hoy la historia es muy diferente.

Supongo que todo empezó anoche. En general, fue una noche bastante común. Volví a casa tras un largo día de trabajo en la ventanilla del banco, metí al microondas un paquete de comida congelada, comí viendo televisión y me quedé dormida en el sofá antes de irme a la cama. No fui el alma de la fiesta, pero, oye, era jueves, y los jueves son para trabajar y no para divertirse. Me fui a dormir y de ahí las cosas se pusieron muy raras.

Tuve unos sueños loquísimos. No como esos en los que se te caen los dientes o estás desnuda frente a toda la escuela. Estos fueron mucho más siniestros. Sueños de pérdida y abandono. Sueños de dolor y habitaciones blancas y frías. Sueños de caminar en un túnel y ver un tren avanzando hacia mí. En ese sueño, quería levantar una mano para protegerme de la luz.

Pero, cuando intenté levantarla, no pude.

Eso me despertó. Entrecerré los párpados al encontrarme con la lucecita con la que alguien me apuntaba a la cara. Alguien estaba...

¿apuntándome algo a los ojos? Parpadeé, intentando enfocarme, y me di cuenta de que no estaba soñando. Y tampoco estaba en casa. Estaba en... un lugar completamente distinto.

Luego la luz se apagó y escuché el trino de un pájaro. Entrecerré los ojos de nuevo para que se fueran adaptando a la oscuridad y me encontré rodeada de... cosas. Cosas con grandes ojos negros, enormes cabezas y brazos flacos y pálidos. Hombrecitos verdes.

Grité. Grité como loca, de hecho.

Uno de los aliens ladeó la cabeza, mirándome, y el trino del pájaro se escuchó de nuevo, aunque la boca de ese ser no se movió. Algo caliente y seco cubrió la mía, ahogándome, y un olor horrible me llenó la nariz. Mierda. ¿Me iba a morir? Desesperada, abrí la quijada intentando respirar mientras el mundo que me rodeaba se ponía negro.

Luego, me volví a dormir y soñé con el trabajo. Siempre soñaba con el trabajo cuando estaba estresada. Por horas y horas, clientes furiosos me gritaban mientras yo intentaba abrir paquetes de billetes de veinte que no querían ceder. Intentaba contar monedas solo para distraerme. Por lo general, no hay nada peor que soñar con el trabajo, pero ese sueño fue un alivio. Sin trenes. Sin aliens. Solo con el banco. Y con el banco sí puedo lidiar.

Y eso me lleva a... hoy.

Estoy despierta. Despierta y no muy segura de quién soy. Mis ojos se abren poco a poco y miro a mi alrededor. Por el olor pensaría que estoy en una alcantarilla; puedo sentir una pared detrás de mí y me duele todo el cuerpo. Siento la cabeza nublada y me cuesta trabajo pensar, como si aún no hubiera despertado por completo. Mis piernas y brazos se sienten pesados. Como si estuviera drogada. Alguien me drogó.

No alguien. *Algo*.

Mi respiración se altera cuando vuelve la imagen mental de los aliens de ojos oscuros. Los busco. No sé dónde estoy, pero estoy sola.

Gracias a Dios.

Entrecierro los ojos en la penumbra, intentando vislumbrar lo que me rodea. Parece ser una habitación grande y oscura. Hay una tenue luz naranja que sale de los tubos que cruzan el techo a unos seis metros arriba. Las paredes son negras y, si no supiera que no es posible, diría que parece una bodega de carga de una nave en una extraña película de ciencia ficción. En la pared frente a mí veo seis enormes tubos de casi dos metros que recorren la pared en vertical, como casilleros. Unas luces verdes y naranjas suben y bajan por los lados de los tubos formando distintas figuras y puntos que podrían ser una especie de escritura alienígena. En la pared más lejana hay una puerta oval alargada. Pero no puedo ir hacia allá, porque estoy detrás de una especie de reja metálica.

Y, además, hay un olor horrible. De hecho, no es solo un olor, son varios. Como un coctel de orina-mierda-vómito-sudor que me da ganas de vomitar. Intento cubrirme la boca con la mano, pero mi brazo se tarda mucho en responder y lo único que puedo hacer es sacudirla un poco. Guácala.

Giro mi cabeza drogada para recorrer con la mirada toda la habitación. Viéndolo bien, en realidad no estoy sola. De este lado de la reja hay más cuerpos, todos hechos ovillo y dormidos. En la tenue luz alcanzo a contar siete, quizá ocho figuras como de mi tamaño, acurrucadas unas sobre otras como cachorritos. Teniendo en cuenta que estamos de este lado de la reja metálica, comienzo a sospechar que estoy en una especie de cárcel.

O en una jaula.

Supongo que, si ya voy a estar en una jaula, podría ser peor. Hay suficiente espacio para ponerme de pie, aunque no mucho más que eso. Al menos no hay aliens aquí. Quiero entrar en pánico, pero ya ni eso puedo. Es como cuando vas al consultorio del dentista y recibes una dosis de gas de la risa. Me cuesta trabajo concentrarme en cualquier cosa.

Al sentir un dolor en la parte descubierta de mi brazo, me paso torpemente los dedos por encima. Tengo varios bultos que antes no estaban ahí y, al tocarme con más fuerza, siento algo duro bajo mi

piel. ¿Qué carajos? Intento observar los bultos entre la penumbra, pero no alcanzo a ver nada. Me llegan imágenes de los aliens, la luz en mis ojos, las pesadillas, el terror... y entro en pánico. Un quejido se escapa de mi garganta.

Una mano toca mi otro brazo.

—No grites —susurra una chica.

Con pesadez, giro mi cabeza hasta que la veo. Es más o menos de mi edad, pero rubia y más delgada que yo. Tiene el cabello largo y sucio, y sus ojos se ven enormes en su rostro flaco. Echa un vistazo por la habitación y luego se lleva un dedo a los labios, por si no entendí lo que me acaba de decir.

«Silencio». Bueno. Okey. Ahogo el grito que va subiendo por mi garganta e intento mantener la calma. Asiento. «No grites. No grites». Yo puedo controlarme. Yo puedo.

—¿Estás bien?

—Sííí... —respondo lentamente, pues mi boca no logra formar la palabra. Y... se me cae la baba. Maravilloso. Levanto una de mis pesadas manos para limpiarme la boca—. Ferdón...

—No pasa nada —dice ella antes de que yo vuelva a entrar en pánico. Está hablando en voz muy baja para no despertar a las demás—. Todas tenemos un poco de resaca al despertar. Drogan a todas al llegar. En un rato se te pasará. Soy Liz.

—Georgie —le digo, tomándome mi tiempo para pronunciar mi nombre correctamente. Me paso una mano por el brazo y señalo hacia los extraños bultos—. ¿Queestá pasando?

—Pues... te abdujeron los aliens. Pero supongo que eso es obvio, ¿verdad?

Sonrío con sarcasmo. O eso intento. Probablemente solo se me volvió a caer la baba.

Liz se acomoda junto a mí.

—Bueno, a ver si puedo darte algunos pormenores. ¿Ves a toda esta gente? —Señala a las demás personas en la jaula, todas dormidas—. También la abdujeron. Todas son de la Tierra, la mayoría de Estados Unidos. Creo que hay alguien de Canadá. ¿Tienes veintidós?

—¿Zí?

—Claro, me imaginé. Todas tenemos esa edad. Déjame adivinar más: ¿vives sola, no estás embarazada, sin problemas de salud significativos, sin familia cerca?

—¿Cómo...?

—Porque todas estamos igual —dice Liz con tono lúgubre—. Todas las chicas que secuestran tienen la misma historia. Salvo Megan. Ella sí estaba embarazada. Dijo que tenía dos meses y se lo sacaron como si nada. —Liz tiembla—. Así que supongo que adonde sea que nos lleven, no quieren embarazadas. Solo chicas jóvenes y saludables.

Ay, Dios. Trago saliva con dificultad, intentando no vomitar. Ni siquiera hay espacio para hacerlo, aunque sospecho que justo por eso este lugar huele a cloaca. El olor de Liz tampoco es exactamente agradable.

—¿Cuánto... cuánto tiempo llevas aquí?

—¿Yo? —me pregunta—. Dos semanas. Kira es la que más tiempo tiene, hasta donde sabemos. Es la que trae el auricular.

Miro a mi alrededor, pero no veo a nadie con un auricular.

—Es un traductor —explica Liz—. Pronto lo verás. Te estoy dando demasiada información de golpe, ¿verdad? A ver, empecemos de cero. ¿Ves esos tubos? —Señala la pared más lejana, donde están esas cosas que parecen casilleros enormes—. Kira vio lo que había adentro. Dijo que ahí hay más chicas como nosotras.

Ahogo un grito, y el sonido sale casi como un lloriqueo. ¿Más gente?

Liz sacude una mano frente a mí, indicándome que no debemos hacer ruido, y yo asiento, frotándome los bultos en el brazo para aplacar la comezón. Ella mira a todas partes para ver si alguien viene y, como no llega nadie, se acerca aún más a mí. Huelo su cuerpo junto al mío, su aroma a sudor, pero humano.

—Sí. Se llevaron a Kira y dice que se pusieron a hablar con ella y, como no les entendía, la jalaron de la oreja y casi le engraparon una especie de auricular para traducir. Pero supongo que solo tenían una de esas cochinas, así que a ella le toca traducirnos a todas.

—¿S... se lo engraparon? —repito, horrorizada.

—Sip. Como lo que les ponen a las vacas para identificarlas. —Liz hace un gesto de dolor—. Perdón, soy de Oklahoma. Supongo que esa imagen no me perturba tanto como a ti. ¿De dónde eres?

—De Orlando. —No estoy segura si mi boca logrará decir «Florida» sin soltar un chorro de baba.

Ella asiente.

—Creo que somos de todos lados. Pero, bueno, por lo que Kira ha escuchado, nuestros nuevos amigos son una especie de contrabandistas. Adivina qué es lo que trafican.

—¿Chicas?

—Así es. —Señala de nuevo hacia los casilleros—. Yo creo que venían por unas seis y les fue tan bien que decidieron meter unas cuantas más para sacar mejor tajada o algo así. Kira dice que llega una nueva como cada dos días. Suponemos que nos van a empacar como sardinas para luego vendernos a... quién sabe. Da igual. —Se estremece—. Intento no pensar en lo que pasará más adelante, porque si lo hiciera terminaría gritando, y no quieres saber lo que pasa cuando te pones a gritar.

Ay, no.

—¿Qué...?

—Pronto lo verás —dice Liz con horror en la voz—. Solo confía en mí. A los flacuchos no les gusta el ruido. No lo olvides, ¿de acuerdo? Recuerdo la advertencia que me hizo antes.

—Bueno. Mi... brazo...

—¿Los bultitos? Sí. Tienen una especie de doctor... o veterinario, quién sabe. Viene cuando llegamos, nos encaja un montón de agujas, nos mete una cosa plateada debajo de la piel y se va. Creo que es como cuando el veterinario llega a la granja a inocular a las vacas y ponerles el rastreador en la oreja. Aunque a nosotras nos lo ponen en el brazo. Ya estoy comparándonos con vacas otra vez. Probablemente no debería hacerlo, ¿verdad?

—Porque... comemos... vacas.... —digo torpemente mientras se me escurre la baba.

Liz suelta una risita ahogada.

—Sí, algo así. Pero creo que se están esforzando demasiado solo para comernos. A menos que seamos una especie de platillo gourmet, lo cual no sería impensable. Pero... bueno.

—Bueno —repito.

—Intenta dormir si puedes —murmura Liz, dándome unas palmaditas en mi brazo adolorido—. Dormir es el único escape que tenemos. Disfrútalo.

Qué optimista es Liz. Me envuelvo el pecho con los brazos y noto que aún traigo la pijama de camiseta sin mangas y shorts con los que me fui a dormir. No calienta ni cubre mucho, y tontamente lamento no haberme ido a dormir con una enorme pijama de franela.

Y luego me dan ganas de llorar al pensar que no me vestí correctamente para una abducción alienígena. Mis hombros se sacuden por la risa hasta que la risa se transforma en lágrimas. Y, pues, sí. ¿Ayer? No creía en los aliens. Pero eso fue ayer.

Sin hacer ruido, sigo llorando hasta quedarme dormida.

En mi segundo día en la nave aprendí un par de cosas.

Aprendí que no hay baño. Parece que nuestros secuestradores no planearon tan bien lo de retacar-la-bodega-de-chicas-robadas. Tenemos que arreglárnoslas con una cubeta en la esquina, y por eso apesta a alcantarilla. Adiós a la dignidad. No hay nada como esperar tu turno en la cubeta de la caca para perder la poca humanidad que te queda.

Aprendí que la comida son unos bloquecitos que parecen algas secas y saben a mierda. Nos dan dos de esos al día. ¿Agua? Sale de una especie de grifo en la pared que me recuerda a un comedero de roedores.

Las ronchas de mi brazo desaparecieron en unas horas, aunque aún tengo un bultito duro. Entre tocármelo y observar los brazos de las otras chicas, concluí que es una especie de rastreador electrónico que nos implantaron. Igual que los del ganado, como dijo Liz. En ese momento me parece bastante acertado.

Aprendí que hay dos clases de aliens. Los verdes enclenques, que parece que están a cargo, y los que tienen cabeza de balón de basquet, que son los de seguridad. Si les digo «cabeza de balón» no es porque tengan cerebros enormes, sino por la textura grumosa, anaranjada y sin pelo de su piel. Se ve rarísima sobre el cuello de los trajes grises que usan todo el tiempo. Los cabeza de balón son bastante horrorosos, pese a lo estúpido de su nombre. Tienen unos extraños ojos como de insecto cubiertos por un párpado opaco y dientes como agujas. Tienen dos dedos y un pulgar en vez de cinco, y son altos. Los hombrecitos verdes, los que hacen ruidos de pájaro, no miden más de un metro y casi nunca vienen, pero los cabeza de balón se la pasan en la bodega.

Todas les tienen miedo.

Eso lo acabo de descubrir al despertar por la mañana, aunque supongo que podría ser la tarde, y ver que todas ya están despiertas. Parece que las drogas ya salieron de nuestro sistema. Bostezo disimuladamente y parpadeo. No quiero hacer ruido, porque el silencio es bueno. Me toma un momento darme cuenta de que todas se están yendo al otro lado de la jaula, agazapándose para estar lo más lejos posible de los barrotes. Se me erizan los pelitos del cuello y sigo a las demás hacia el fondo. Quiero preguntar qué está pasando, pero en cuanto abro la boca, Liz niega con la cabeza sin hacer ruido, mirando fijamente a algo detrás de mi hombro.

Me doy la vuelta y hago un gesto de miedo al ver a un alien cabeza de balón observándome entre los barrotes. Hago otro gesto de miedo cuando me lanza una sonrisa lasciva y me acerco más a las otras chicas.

—No grites —murmura alguien con tono de advertencia.

Qué pinche miedo. Asiento. Ni loca haría el más mínimo ruido.

Los cabeza de balón se pasan todo el día en nuestro cuarto. Es como si estuvieran esperando algo, y tengo miedo de preguntarme qué es. Nos quedamos apiñadas en la esquina de la jaula, tensas, y tras unas horas, nos traen a otra chica inconsciente. Nadie intenta escapar cuando abren la puerta. Solo observamos mientras echan a la nueva chica a la jaula y nos encierran de nuevo.

Ya me imagino por qué nadie intenta escapar. ¿Adónde iríamos? Y las consecuencias de desobedecer deben ser terribles, porque todas en la jaula les tienen un miedo profundo a los cabeza de balón.

Alguien toma a la chica nueva del brazo e intenta jalarla hacia nosotras. Tiene más o menos mi edad y un hermoso cabello rojo. Noto que los cabeza de balón vuelven a la jaula y comentan cosas en su idioma extraño, haciendo gestos con las manos de vez en vez. Luego se ríen, y su risa es un sonido agudo y espeluznante que destruye mis frágiles nervios.

Es casi como si estuvieran haciendo apuestas sobre la chica nueva.

Unas horas después, ella despierta. Yo estoy en cuclillas junto a Liz, con sopor, y me sobresalto al escucharla tomar aire desesperadamente.

La chica abre los ojos de par en par y suelta un sollozo.

—No grites —ordena una voz susurrante. No sé quién lo dijo, aunque seguramente todas lo estábamos pensando.

Pero la pelirroja no escucha. Mira a su alrededor, entra en pánico y comienza a gritar. Su chillido hace eco en la bodega. No se calla, por más que las otras le hacen gestos con las manos y la tocan, intentando tranquilizarla. Está histérica, y sus gritos se van volviendo más fuertes y más llenos de pánico conforme va recuperando la conciencia. La chica sacude los brazos y esquiva frenéticamente las manos que intentan calmarla.

De pronto se escucha un pitido desde el techo.

Las demás chicas en la jaula se quedan extremadamente quietas.

Unos extraños trinos que salen del intercomunicador llenan el aire.

Uno de los cabeza de balón toca un panel que se enciende y el alien responde al llamado con sus gorgoros. Las chicas parecen encogerse hacia la pared cuando el otro cabeza de balón se acerca a la jaula y abre la puerta.

Ahí está la libertad, pero nadie intenta alcanzarla.

Los alienígenas toman a la pelirroja. Es una luchadora, eso es indiscutible. Suelta golpes y se retuerce mientras la jalonean, gritando obscenidades en francés y suplicando que alguien la ayude. Todas las demás observan en silencio.

Yo no puedo más e intento levantarme para ir a ayudarla. Liz me agarra por la pierna.

—No lo hagas —sisea—. No atraigas su atención, Georgie. Hazme caso.

Aunque va contra todos mis instintos no hacer nada, yo también estoy aterrada. Es tan fácil quedarme escondida entre la masa de chicas. Sentarme a ver qué pasa cuando alguien desobedece la regla de silencio implícita. Y me odio por eso.

—No mires —me susurra Liz.

Pero miro. Alguien tiene que mirar. Alguien tiene que verlo. Cuando todo termina y la chica ya no está luchando contra nada, siento náuseas. Lo que acabo de ver...

Liz me aprieta la mano.

—Kira dice que tienen permiso de sus superiores de «disciplinar» a cualquier prisionera que tenga un mal comportamiento.

Asiento y al fin desvío la mirada mientras los aliens hablan en su extraño idioma y cambian de lugar una vez más. Supongo que la chica ya está bien «disciplinada». Quiero gritar, pero no se permiten los sonidos fuertes. Me entierro las uñas en las palmas de las manos y miro la fila de rostros pálidos que me acompañan en la jaula, intentando adivinar cuál es Kira. Al fondo hay una chica con cabello perfectamente lacio y café que está llorando con las manos sobre las orejas. Es como si no soportara escuchar lo que se está diciendo, pero la pelirroja está en silencio. Lo único que se escucha es la plática de los aliens.

Esa debe ser Kira. Es la única que puede entenderlos, gracias al dispositivo que le implantaron en el oído. Observo a las otras. Están en shock, mirando hacia otro lado. Una chica tiene una expresión de horror y pesar, y me pregunto si ella también fue una de las gritonas. Pero no quiero saber. Cierro los ojos, intentando que el mundo desaparezca. Intentando existir en una burbuja silenciosa donde nada de esto es real. Donde, si me pellizco el brazo con la fuerza suficiente, todo se irá y despertaré.

Pero cuando cierro los ojos, veo el rostro de la pelirroja siendo atacada y cómo el alien responsable de ese acto no deja de platicar con

su amigo. Como si no fuera gran cosa, solo un día más en la oficina, cosas normales que pasan junto al dispensador de agua.

Liz tiene razón. Para estas cosas no somos más que ganado. Nos van a vender a alguien para que nos viole, nos coma, o ambos. O algo más horrible que ni siquiera me puedo imaginar.

Pero yo no voy a aceptar ese destino sin hacer nada al respecto. Me abrazo las piernas contra el pecho y observo a mi alrededor. Miro cada rincón y cada recoveco de las extrañas paredes, investigando si hay algo que pueda usar como arma.

Porque voy a matar a esos horribles bastardos grumosos si intentan siquiera tocarme.

En toda la semana no llega nadie a la nave, así que comienzo a sospechar que estamos «llenos», lo cual es bueno, considerando que nuestra pequeña bodega se siente más y más abarrotada con cada hora que pasa. Ahora, con Dominique, la pelirroja que fue atacada, entre nosotras, estamos como sardinas.

Aunque nadie se está quejando.

Liz y yo hablamos en voz baja durante la noche, cuando los guardias nos dejan solas. Seguramente ya vamos hacia el espacio. En los últimos días se nos han estado tapando los oídos a cada rato, y sospechamos que hemos comenzado a viajar a máxima velocidad.

Y no sabemos qué hacer al respecto.

—Empezaremos matando a los guardias —le digo a Liz y a Kira por segunda vez esta noche—. Parece que los hombrecitos verdes mandan a los cabeza de balón a hacer todo el trabajo pesado. Creo que, si nos deshacemos de los anaranjados, quizá podríamos imponernos para que nos regresen a la Tierra.

—Hay una pequeña falla en el plan, Georgie —dice Liz, que siempre es tan práctica, y señala hacia los barrotes de la celda—. Estamos de este lado, y ellos están del otro. Y tienen armas.

—Tenemos que hacer algo para obligarlos a abrir la puerta. —La voz bajita de Kira se abre paso en la oscuridad—. Diría que esperaríamos a que traigan otra prisionera, pero...

—Sí —digo, con tono pensativo, y mi mirada se va hacia el rincón donde Dominique está agazapada y sola. Ha estado destrozada desde que la devolvieron a la jaula. Pero claro que ya no hace ruido. Se pasa las horas despierta con un puño en la boca, mordiéndoselo mientras las lágrimas le corren por la cara. Y se niega a todos los intentos de acercarnos a ella para ofrecerle nuestra amistad o tranquilizarla. Tomará tiempo y paciencia, pero, como estamos retacadas en algo del tamaño de un clóset, la paciencia se nos está acabando.

Miro de nuevo hacia los rostros lúgubres de Kira y Liz, pensando.

—¿Qué tal si todas fingimos que estamos enfermas la próxima vez que vengan a alimentarnos?

—Eso no sería muy complicado —dice Liz—. Las barras de alga son una asquerosidad.

Pero Kira niega con la cabeza.

—¿Y si deciden que, como todas estamos enfermas, simplemente nos aventarán al espacio? Somos extras, ¿recuerdan? Mientras tengan su cuota en esos contenedores, no tendrán problema en deshacerse de nosotras. —Señala hacia los casilleros al otro lado de la habitación.

No se me olvidan. No sé si me dan celos de que no tengan idea de lo que nos está pasando o si me horroriza lo que van a vivir cuando despierten. Pero Kira tiene razón. Que la gente de los contenedores esté segura nos hace innecesarias, y no voy a agregar «sabotear los contenedores» al plan de escape. Y no estoy dispuesta a abandonarlas. Simplemente tendremos que considerarlas en el plan.

—Entonces —digo—, ¿qué tal si gritamos?

Kira traga saliva escandalosamente.

—Eso me aterra. —Mira sobre mi hombro hacia Dominique y se estremece.

—A mí tampoco me gusta la idea —le aclaro—. Pero ¿qué opciones tenemos? Si una persona se porta mal, las demás estarán a salvo, ¿verdad? Así llamamos su atención, hacemos que abran las puertas...

—¿Y? —me interrumpe Liz—. ¿Qué? ¿Qué nos violen?

—No. —No quiero ni pensar en eso—. Necesitamos una distracción. Podemos correr hacia ellos cuando abran la puerta. Somos más que ellos.

—Pero tienen armas —señala Kira.

—Pero si todas corremos...

—Les van a disparar a las que vayan al frente —dice Liz—. No quiero estar aquí, pero tampoco quiero morir. Y además no sé qué harían las otras. No son guerreras. Ninguna lo es.

—Pero ¿qué otra opción tenemos? —protesto—. Podemos ser las esclavas perfectas y aun así nos violarán y nos venderán a cambio de quien sabe qué. Al menos si peleamos tendremos una esperanza.

—No, tienes razón. —Liz se lleva las rodillas al pecho, pensando—. Creamos una distracción, hacemos que abran las puertas, corremos hacia ellos, les quitamos las armas y tomamos el control. Solo necesitamos asegurarnos de que Kira esté protegida durante todo ese proceso.

—¿Yo? —Kira parece sorprendida—. ¿Por qué?

—Porque tú eres la que tiene el traductor —aclara Liz con pesar—. No podremos convencerlos de darse la vuelta y volver a la Tierra si te disparan y ya no podemos hablar con ellos.

Tiene un punto.

—Yo seré la distracción. Es mi plan.

—¿Segura?

Pero claro que no estoy segura. Hasta la más mínima parte de mi cuerpo tiembla de terror al pensar en esas criaturas con piel grumosa tocándome, pero ¿qué otra opción tengo? ¿Sentarme y no hacer nada? ¿Aguantarme y dejar que esas criaturas decidan mi destino? Ni loca.

—Lo haré.

Como si estuviera diciendo que está de acuerdo conmigo, la nave se sacude y se va en picada, haciendo que todas salgamos volando dentro de la jaula.

Obviamente nadie grita. Sabemos que no nos conviene.

Por segunda vez en el día, la nave se sacude. Las turbulencias son un poco ridículas, considerando que estamos en el espacio. ¿No se supone

que aquí se viaja sin sobresaltos? Mi estómago se sacude al ritmo de la nave, pero lo ignoro.

Casi es hora de poner en marcha nuestro plan.

Miro al guardia que va de aquí para allá afuera de nuestra celda. Es lo que se considera «la hora de dormir», cuando recibimos la última barra de algas del día y los guardias ya se aburrieron de acosarnos. Normalmente, después de la última comida, cambian nuestra cubeta de desechos y se van.

Pero esta noche las cosas están raras. Aunque nuestra cubeta está casi llena, el cabeza de balón no ha venido por ella. Constantemente se escuchan trinos por el intercomunicador y el guardia en la habitación se va poniendo más y más nervioso conforme pasan los minutos.

Y la nave no deja de sacudirse.

—¿Qué está pasando? —le susurro a Kira mientras observamos al guardia ir y venir de un lado a otro, distraído—. ¿Dónde está el otro cabeza de balón?

—No lo sé —reconoce, con una mano sobre la oreja y el dispositivo plateado que lleva ahí—. Algunas de las palabras no se traducen. O sí, pero no sé qué significan. —Niega con la cabeza—. Pero creo que algo anda mal con el motor. Están hablando de soltar el cargamento y dejarlo en un lugar seguro.

Me da un vuelco el estómago.

—Eh... nosotras somos el cargamento.

Kira hace un gesto de pesar.

—Lo sé. Pero aparentemente van a fallar en una fecha de entrega si lo hacen, así que están viendo cómo arreglarlo.

—Qué suerte tenemos —mascullo, mirando al guardia. Solo es uno. Normalmente hay dos. Mi cuerpo se tensa al comprender que si sometemos a ese guardia... solo tendremos que encargarnos del otro después. Nuestras probabilidades son mucho mejores si aplicamos lo de «divide y vencerás».

Y si tenemos su arma.

—Creo que deberíamos seguir adelante con el plan —digo en voz baja mientras el guardia comienza a caminar de nuevo.

—No sé —responde Kira, mordiéndose el labio. Pero Liz asiente.

—Lo vamos a hacer —les susurro a las demás en la jaula. Las chicas parecen incómodas, pero se hacen a un lado para darme espacio. Si yo estoy dispuesta a sacrificarme, ellas están dispuestas a dejar que me sacrifique.

Me armo de valor, voy hacia el frente de la jaula y meto la cabeza entre los barrotes de esta prisión.

—Oye.

El guardia no voltea. Solo sigue caminando de aquí para allá, mirando nerviosamente hacia el techo, como si esperara que lleguen más de esos extraños trinos que son órdenes.

—Oye. Acá. —Intento de nuevo. Debo reconocer que me sorprende que no me haga caso. Normalmente aprovechan cualquier excusa para castigarnos. La semana pasada vi cómo violaron a otra chica porque gritó al tener una pesadilla. Pruebo con una táctica distinta para llamar su atención.

Le lanzo un enorme escupitajo.

Cae en la parte de atrás de su cabezota calva, y ahora sí deja de caminar. Sus extraños ojitos de pescado se ponen muy redondos al voltear a verme, y luego cruza la bodega hacia nuestra jaula.

—Buen trabajo, Georgie —susurra Liz.

Tomo aire y asiento. Yo no me siento tan bien al respecto, pero bueno. Me voy al fondo de la jaula como teníamos planeado, para que tenga que entrar por mí, y cuando las demás chicas me rodean, tomo la cubeta de caca entre mis brazos.

La idea que tenemos es esta: le voy a echar encima la mierda para distraerlo más, y entonces las demás usarán ese tiempo para echársele encima. Ya que lo tengamos rodeado y sometido, le quitaremos su arma. Claro que no sabemos usar un arma alienígena, pero eso lo resolveremos luego. Mientras él no la tenga, llevaremos ganada la mitad de la batalla.

Al levantar la cubeta de caca, me doy cuenta de lo pesada que es y lo débil y letárgica que estoy por las raciones infames con las que nos alimentan. El peso me hace tambalearme y hago un gesto de

asco cuando un poco de la mierda salpica por la orilla y me cae en el brazo. Carajo.

El alien suelta un gruñido que parece ser una maldición en extra-terrestre y abre la jaula.

Justo como no estaba planeado, las demás chicas se echan para atrás, aterradas, y me dejan con la cubeta de desechos y una expresión estúpida en la cara mientras esa cosa avanza hacia mí.

Le lanzo el contenido en el mismo momento en que intenta agarrarme, pero la cubeta está tan pesada que termina salpicándonos a los dos. El alien me toma del brazo y suelto un grito de sorpresa mientras sus dedos se entierran en mi bíceps. Su piel grumosa no solo es fea, sino que además está áspera y me raspa la piel como lija.

Me lanza un insulto y comienza a arrastrarme.

—No —dice Liz, tomándome del otro brazo mientras me retuerzo para soltarme del alien. ¿Dónde está nuestro gran plan de ataque? ¿Por qué las otras están agazapadas como conejos asustados? Miro a Kira, mi otra coconspiradora, pero tiene la cabeza ladeada y una expresión rara en el rostro mientras observa el techo. Se escuchan unos trinos que vienen desde arriba.

—¿Comienza la separación? —pregunta Kira, con un gesto sorprendido.

El suelo se inclina hacia un lado y salimos volando.

Mi cuerpo surca el aire y azoto al otro lado de la habitación contra los casilleros inmóviles, y me quedo sin aliento.

El mundo entero se mueve y da vueltas, y la bodega se llena de mujeres gritando. Algo húmedo salpica mi brazo y la cubeta de desechos sale volando también. Luego todo se queda suspendido y las luces se apagan, dejándonos en completa oscuridad.

Una luz roja se enciende. No puede ser buena señal. Las luces rojas siempre son de emergencia, ¿verdad?

Observo la habitación que ahora es roja y veo cómo van flotando los glóbulos de mierda. Al fondo, alguien gira en el aire. Ya no tenemos gravedad.

¿Qué diablos?

Intento enfocar mis ojos mientras algo pasa danzando sobre mi cabeza. Algo negro, oblongo, con un cañón grueso.

El arma.

Ay, Dios. Impulsándome con uno de los casilleros, surco el aire hacia el objeto, y justo en ese momento la gravedad vuelve, así que termino azotando contra el suelo sobre el arma.

A unos metros de mí, el guardia también azota. Mientras todo esto pasa, esos extraños trinos se han seguido escuchando por el intercomunicador.

Tomo el arma y busco el gatillo mientras el guardia gime y sacude la cabeza, intentando recomponerse. No hay gatillo. Carajo. Igual me servirá como porra. La tomo por su gruesa base y la levanto para darle en la cabeza al guardia.

Crack.

El guardia se tambalea.

No me detengo y lo golpeo una y otra vez. Crack. Crack. Una y otra vez, azoto la culata del rifle en su cabeza. Él no se mueve, pero yo no me detengo. Me aterra pensar que pudiera tener cráneo de granito y se dé la vuelta y me someta. Así que solo sigo golpeándolo.

Unas manos me detienen.

—Georgie. Oye, Georgie, basta. Creo que está muerto. —La voz de Liz se abre paso entre la niebla en mi cabeza—. Ya puedes parar.

Bajo la velocidad de mis golpes, mirándola a ella y luego al guardia. O a lo que queda del guardia. Su cara ya no es más que un montón de carne sobre su cuello.

Lo observo por un momento. Y luego vomito.

—Lo lograste —dice Liz, acariciándome el cuello—. Carajo. ¡Lo lograste, Georgie! ¡Eres una maldita guerrera!

Yo no me siento tan guerrera. Me siento asqueada. Acabo de matar a un hombre. O algo parecido a un hombre. Más o menos. Y sin duda a un violador.

Pero, aun así, es un ser vivo.

Era. Era un ser vivo.